

LA FRATERNIDAD CRISTIANA EN UNA TIERRA DIVIDIDA

La oferta del mundo cristiano a una Tierra desunida.

Lección inaugural para el Instituto Teológico de Murcia. 13 de octubre de 2026

Un saludo afectuoso y mi bendición para fray Miguel Ángel, para toda la comunidad educativa, la comunidad franciscana y para todos los asistentes.

Me ha costado escribir esta lección inaugural porque, aunque títulos tengo, no soy hombre de libros ni teorías. Sí tengo que decir que está preparada con cariño y con ganas de ilusionarnos y de abrir una ventana de aire fresco que nos oxigene a todos. Me gustaría que esta reflexión pudiera servirnos para crecer y acercarnos más a Dios al menos a los que la escuchan y a quien la lee. Quiero dar unas pinceladas que nos permitan recuperar el concepto y la experiencia de fraternidad como algo esencial en la vida cristiana. Y, como digo, ojalá nos motivemos para trabajarla más entre nosotros. Así podremos ofrecerla como teoría y vida que da respuesta a la necesidad existencial que demanda nuestro mundo. Tomarnos en serio este reto de crecer en fraternidad puede hacernos mucho bien, porque a veces en casa de herrero... Y, si fortalecemos la fraternidad, seguro que se van a disolver muchos “coágulos” que obstruyen nuestra vida comunitaria y hacen que andemos tres por cuatro calles en nuestra querida Iglesia. No estoy de acuerdo con el dicho de que “la caridad bien entendida empieza por uno mismo” porque no se me asemeja en nada a lo que hizo Jesucristo. Pero sí me parece que la fraternidad tenemos que empezar a ejercerla en los círculos más cercanos para poder hacerla posible en nuestra también querida Tierra.

Me parece, además, que en los principios de curso venimos descansados, con muchas ganas de todo y casi siempre con muchísimos buenos propósitos. Vivir la fraternidad puede ser uno de ellos.

Cuando hablamos de fraternidad, respeto, amor... muchas veces convertimos estas palabras sagradas en algo ñoño, pastelero o de mera dimensión moral.

Quiero presentar la fraternidad como un concepto teológico que brota de nuestro ser imagen de un Dios Trinitario. Y como un concepto que se teoriza pero que, sobre todo, se vive. Tenemos el ejemplo de nuestro buen Jesús, que nos enseñó el Padrenuestro para que supiéramos de dónde venía su vivir como verdadero hermano. Recordamos Mt25, 40 en el juicio final diciendo el rey: “En verdad os digo que cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis” Ejercer la misericordia es vivir el Amor y el Amor construye fraternidad. Lo digo con sencillez, pero creo que toda la teología debería ayudarnos a reconocer el verdadero rostro de Dios para poder vivirlo y hacerlo presente en nuestro día a día.

La fraternidad es una categoría esencial de la antropología cristiana que nace del Evangelio y nos ayuda a entender al ser humano en la profundidad de su ser. Es además algo muy propio de nuestra fe. Es una exigencia de nuestra misión bautismal ofrecer la fraternidad como camino sencillo e irrevocable de salvación a un mundo que vive el desencanto, la desconfianza, la soledad y el suicidio como puerta de salida a sus angustias y sinsentido. La razón de tanta obscuridad y sufrimiento existencial se debe a que hemos olvidado la frase “tumbativa” del Creador en el libro del Génesis: “no es bueno que el hombre esté solo” (Gn2, 18) Me imagino a Adán con toda la tierra en sus manos. Y no es feliz porque está solo. Es que es imagen de un Dios familia... Y hoy nos venden tener todo como fuente de felicidad, pero aislados de los demás, sin necesitarlos. Sustituyéndonos por máquinas tanto en los servicios como en nuestras relaciones. Es chocante tener tantas redes que nos conectan y nos unen y ver, sin embargo, cómo estamos tan divididos y tan solos.

Ese veneno egocéntrico e individualista ha calado hasta lo más hondo de nuestro ser. Lo vemos perfectamente en el tema de la natalidad. No se tienen hijos. Hay excusas peregrinas como la deformación del cuerpo. Pero lo dicen convencidos, influenciados por la sociedad de la imagen; sin ser conscientes de que la juventud es pasajera y las carnes a partir de cierta edad se dan de sí y cuelgan por todas

partes. Como si ellos estuvieran libres de polvo y paja en lo que respecta al envejecimiento...

Pero es aún peor cuando, más allá del cuerpo, el vínculo con los hijos es egoísta y mientras me estorban no los quiero; pero cuando necesito uno para sentirme realizado en mi maternidad o paternidad no se me pone nada por delante para intentar conseguirlo. El hijo está en función de la necesidad del progenitor y no es fruto del amor sino de la necesidad personal y el capricho. Y todo eso provoca soledades en los hijos, en los padres y en toda nuestra sociedad con una pirámide de población invertida y donde muchos pueblos mueren y dejan solos a los mayores por diversas causas sociológicas, pero también por esta actitud a la hora de tener hijos.

Evidentemente, como dice nuestro Dios, esto no es bueno. A las pruebas nos remitimos. Según el Génesis, necesitamos alguien como nosotros para apoyarnos. Nos necesitamos unos y otros para ayudarnos a vivir, para mantenernos vivos y para llenar de sentido nuestra vida.

Ofrecer la fraternidad a nuestro mundo como concepto teológico es ofrecer a un Padre que nos quiere y nos protege; unos hermanos con los que caminamos y luchamos la vida. Y un Espíritu que hace posible esa relación, y hace posible que la mantengamos viva.

A lo largo de la historia, desde el comienzo, siempre ha habido divisiones y guerras. No sé si el mundo ha estado mejor o peor de lo que estamos ahora. Pero hoy urge hacer una reflexión vital y existencial, no teórica, de lo que supone estar verdaderamente conectados; de lo que nos pone en comunión y avanzar en esta senda de la fraternidad que ofrece nuestra fe.

1.CRISIS EN LAS RELACIONES HUMANAS.

Insisto en lo que vengo hablando en este rato: **la crisis de nuestro tiempo es, en buena medida, una crisis de vinculación entre las personas.**

No faltan única ni principalmente recursos materiales, proyectos o conocimientos. Faltan, sobre todo, relaciones capaces de sostener la vida del hombre del siglo XXI.

El ser humano contemporáneo puede experimentar una profunda soledad incluso estando rodeado de personas.

Podemos estar permanentemente conectados y, al mismo tiempo, sentir que nadie nos conoce ni nos acompaña realmente.

Podemos tener muchos amigos digitales y no tener a quién llamar cuando nos sentimos solos, necesitamos dar una vuelta un domingo por la tarde o estamos pasando un mal momento.

Ya he dicho que resulta chocante y desolador ver tanta conexión y a la hora de la verdad, tanta desconexión. El IX Informe Foessa que nos presentaron en noviembre del año pasado, nos descubre que la pobreza va más allá de la falta de recursos económicos. La soledad y el aislamiento social son las nuevas formas de pobreza que hacen estragos en nuestro mundo.

La movilidad en el trabajo, el desgaste y la degradación de la familia, la falta de gratuidad en las relaciones, la forma de utilizar las redes sociales y una educación que deja de lado la dimensión trascendente del ser humano, hace que vínculos esenciales para la paz y el equilibrio del ser humano, queden rotos.

2. LA FRATERNIDAD COMIENZA EN DIOS

La teología está llamada a dar respuesta a esta realidad existencial del hombre del siglo XXI.

Insisto en la dimensión trinitaria de nuestro ser persona. Creo que dicha dimensión debe estar presente y orientar toda la teología. El ser humano no existe para sí mismo. Tanto nuestro origen, como el sentido y el destino último de nuestra vida está en Dios y en la entrega al prójimo. “Si vivimos, vivimos para el Señor, si morimos, morimos para el Señor, así que, ya vivamos ya muramos, somos del Señor” (Rom14, 8) Alumbra esta dimensión de entrega, de manera muy interesante,

la lección inaugural que leyó el profesor Jiménez Tirado en la apertura de este curso del Seminario Conciliar y el Instituto Teológico de San Julián en Cuenca: “El Amor como camino hacia la verdad de la persona en Vladimir Soloviov y Juan Pablo II”. Resalto tres afirmaciones de entre las muchas que se podrían destacar:

“Soloviov y Juan Pablo II comparten una convicción fundamental: el ser humano alcanza su plenitud abriéndose al otro y entrando en comunión”

«El ser humano no manifiesta la imagen divina solamente en su individualidad, sino también en su capacidad para vivir junto a otro y para otro.»

«Por lo tanto, el ser humano ha sido creado por amor y para amar; posee un cuerpo capaz de expresar ese amor y alcanza su plenitud cuando se convierte libremente en don y entra en comunión con los demás.»

La afirmación de nuestro “ser trinitarios” significa que el ser humano es constitutivamente relacional. Bien sabemos todos que llegamos a tomar conciencia del yo y a ser nosotros, precisamente en nuestra relación con el otro.

En este mundo de prepotencia del yo y aislamiento, es fundamental tomar conciencia de que somos criaturas y que nuestra vida comienza en una experiencia de total dependencia. Agradecer el cuidado del yo por parte del otro nos hace conscientes de la necesidad que el otro tiene de mí y nos capacita para vivir la gratuidad en mi entrega como forma natural de vivir y dar sentido a la vida. Todos somos criaturas y todos nos necesitamos. La vida se convierte en un dar y recibir no por derechos y deberes, sino por ser algo constitutivo de nuestro ser.

No podemos confundir la independencia y autonomía personal a la que todos tendemos en nuestro crecimiento con autosuficiencia. Nos valemos por nosotros mismos, pero nos necesitamos. Solos no podemos. Ya lo hemos visto en la referencia al texto del Génesis.

Recogiendo la idea con la que conceptualizó von Balthasar la Trinidad y uniéndola a la profunda expresión de la teología cristiana sobre el Espíritu Santo desarrollada

especialmente por San Agustín, podemos decir que, en la Trinidad, El Padre se da al Hijo; el Hijo recibe y responde al Padre; el Espíritu Santo es el don y el Amor que une al Padre y al Hijo.

Por eso, cuando el cristianismo habla de fraternidad, no está simplemente proponiendo una estrategia para mejorar la convivencia.

Está afirmando que la existencia humana encuentra su verdad más profunda cuando participa, a su medida, de una lógica de comunión.

La fraternidad no es simplemente llevarse bien o mantener el equilibrio (que a veces no es poco). La fraternidad es aprender a vivir según la lógica del don. Y esto es lo que distingue de manera fundamental lo que es la fraternidad cristiana.

La fraternidad cristiana no depende de intereses personales o de que el otro me caiga bien. La fraternidad cristiana brota de una relación de Amor que nos lleva a la entrega mutua. Ese amor no es un mero sentimiento afectivo, sino que es el lazo indestructible que nos une y nos lleva a la entrega total de la persona.

Esta relación de Amor y fidelidad total la tenemos en Jesucristo. Él nos quiere porque somos criaturas suyas llamadas a participar de la vida intratrinitaria. Para mostrarnos la fuerza del Amor de Dios y lo que estamos llamados a vivir como hijos que somos, se hace carne y nos ama hasta dar la vida. No se deja arrastrar por sentimientos encontrados ni por lógicas humanas que le hubieran llevado a llamar a las legiones de los ángeles para aniquilar a sus enemigos.

El Amor de Dios no quiere aniquilar a nadie. Somos hermanos y no quiere la destrucción de nadie, sino nuestra conversión. No es propia de nuestro Dios la ley del más fuerte para imponerse. Su lógica es la del Amor, que es la gran fuerza que derribe montes como si fueran cera; que transforma y humaniza los corazones endurecidos por el pecado y el aislamiento; que hace que surja una verdadera fraternidad en la que este don es el que rige la relación entre todos. Ya no es el yo el que se busca a sí mismo y vive sometiendo todo a un egocentrismo total. Es el tu

y la entrega al otro lo que mueve la vida de cada criatura. Esa es la relación trinitaria y la relación que nos libera, nos llena de alegría y nos salva.

Como hemos visto, la fraternidad cristiana no es un club de amigos; no depende de que nos caigamos bien ni de la afinidad que podamos tener. Es algo mucho más profundo y de raíz de lo que es el ser humano.

3. DEL PRÓJIMO AL HERMANO

Y justo ahí, en esa relación que no depende de sentimientos, sino de sabernos hijos de Dios y trabajadores de su viña es cuando damos el paso de llamar al otro hermano.

Os comento una experiencia impresionante que tuve cuando era capellán del CP de Estremera. Creo que alumbra muy bien este momento. Además, me di cuenta de que si Dios quiere, podemos dar estirones de fe en cualquier momento de la vida.

Se trata de la historia con un señor que estaba cumpliendo una condena larga. Era un hombre mayor y muy desagradable en el trato. Un día quedo para hablar con él y empieza a compartir con sinceridad su historia, sus sentimientos y su momento vital. Según se va desarrollando la conversación, veo que el señor necesita que le dé un abrazo. Pero a mí no me salía dárselo por los encontronazos y todos los desaires que habíamos vivido previamente. Y aunque lo veía claro, no me salía y no me salía. Y, evidentemente, no se lo daba. En esas circunstancias, “noto”, con una certeza absoluta, que me dan espiritualmente en la espalda y me dicen: “Oye, que este también es mi hijo” Y, evidentemente, se me pasaron todas las tonterías, y le di el abrazo. Desde entonces, cuando me vienen juicios y prejuicios sobre personas que me impiden acercarlos la maternidad de la Iglesia, miro “espiritualmente” para atrás y digo: “no me digas nada que ya sé que este también es mi hermano” ...

Para seguir profundizando en el sentido radical de lo que supone ser hermanos, nos fijamos en la parábola del Buen Samaritano. El prójimo es algo más que una persona cercana. Y es algo más que una teoría. El prójimo en la parábola queda

convertido en una acción en la que yo doy todo a la otra persona. El otro, lejos de ser una amenaza, es el hermano al que atendemos porque nos lo hemos encontrado tirado y destrozado. No preguntamos qué ha pasado ni si se merece que le ayudemos. Es el hermano al que levantamos, curamos y llenamos de dignidad su vida. Al que damos seguridad y hacemos experimentar que no está solo; al que se le recupera en su cuerpo herido y en su alma destrozada y humillada por los que le han apaleado o no le han atendido. Sólo importa que “ese también es mi hijo; ese también es mi hermano”. Y triunfa el don y la entrega que son los que vivifican y marcan la diferencia profunda de nuestra fraternidad. Es ese Amor gratuito que se entrega porque hay un “tú” ahí, que es mi hermano, sin más. Al que se le quiere porque se le quiere. Como Dios nos quiere a nosotros. Y el que merece todo. En la fraternidad, el otro deja de ser un drogadicto, un asesino, un indeseable, un... lo que sea... y vuelve a ser una persona.

Ahondando en el pensamiento de Paul Ricoeur, Jean Greisch afirma en su libro “El socio, el prójimo, el hermano: los meridianos de la fraternidad” que “del socio al prójimo se pasa haciéndose cercano; del prójimo al hermano, reconociendo una fraternidad compartida”.

Es aquí donde podemos nosotros revisar también nuestras comunidades, nuestras actitudes y nuestro situarnos ante el mundo.

4. UN MUNDO DIVIDIDO

Esta comunión trinitaria contrasta con nuestra sociedad no sólo porque estemos con carencias de vínculos, sino porque también vivimos en una sociedad muy dividida. Quizás una cosa lleve a la otra. Los intereses egoístas y egocéntricos llevan también a esa división. Y en nuestro mundo, el mandamiento del Amor, que es el que une, sigue siendo nuevo, diría casi que a estrenar.

Sufrimos división en la política, la familia, la economía, las generaciones, las culturas, las religiones...

Y quizá una de las divisiones más profundas sea la fractura que provoca el pensamiento único. Se tiende a que todo el mundo piense lo mismo y no tiene cabida todo aquel que no entra en el esquema que se ha decidido como el correcto. Para unos sobra la mitad de la humanidad y para otros la otra media.

Nos contagiamos de división y sin darnos cuenta, los que estamos unidos, nos enfrentamos y nos agredimos entre nosotros. Vivimos envenenados de división que no sólo se queda en lo externo, sino que alcanza nuestro interior.

No sabemos vivir en la pluralidad y la diferencia. La fraternidad no es uniformidad y tampoco elimina el conflicto.

La fraternidad cristiana es el lazo que permite vivir en la riqueza de la diversidad. Lejos de ser una amenaza, la pluralidad de perspectivas y el diálogo entre posturas que buscan la verdad y el bien común de manera sincera, se convierten en una oportunidad de crecimiento. Cuando el otro es mi hermano y no mi opositor, somos capaces de vivir en la diferencia sin que esta suponga una división.

El ejercicio paciente del Amor de la Trinidad destila por la vida del creyente. Y eso crea la fraternidad capaz de zurcir agujeros y evitar las divisiones que provoca un mundo inmanentista.

5. FRANCISCO DE ASÍS Y LA FRATERNIDAD

Por el contexto en el que estamos, tanto del año jubilar franciscano, como por la raíz y el espíritu de San Francisco propio de nuestro Instituto Teológico, no puedo menos que alumbrar este escrito haciendo presente a “il Poverello d`Assisi”

Francisco aprendió a ser hermano del hermano y de la creación entera. Aprendió a amar y a ver a Cristo en el más pobre, especialmente en el más nauseabundo.

La fuerza de Francisco no es el poder de las armas, sino la fuerza del débil. El amor de Dios que se da, dignifica y recupera al hermano.

Francisco ve al otro como hermano, pero, ante todo, es él el que vive, ama y se ofrece para que el otro le pueda sentir como hermano. Es importante descubrir que la fraternidad cristiana no se construye desde la base de que todos los demás quieran vivir como hermanos, sino por la identidad con Jesucristo que me lleva a experimentar y decidir que yo soy hermano de todos, independientemente de la respuesta que pueda tener del otro. Nuevamente es la dimensión del Amor de Dios presente en la entrega de una persona. Esto crea una espiritualidad que enamora y arrastra porque, como digo, es el Amor de Dios el que aparece en esa fraternidad sincera, gratuita y entregada.

Francisco nos enseña que toda la obra de la Creación vivida desde Dios se puede convertir en un lugar de encuentro y de construcción de fraternidad. Somos los hijos de Dios los que, impregnados de su Amor, construimos su familia. Un mundo de verdaderos hermanos que, en medio de su limitación y su pecado, dejan que venza la raíz de Dios Padre, Hijo y Espíritu, que llevamos en nuestra impronta antropológica.

La mirada de Francisco a su entorno, su manera de contemplar el mundo, cambia la forma de relacionarse con él. Por su identificación con Jesucristo, su mirada fraterna transforma las estructuras de nuestro mundo.

El Cántico a las Criaturas es una revolución a la hora de entender el mundo y “entablar trato” con él. La relación que tiene Francisco con toda la Creación no es de posesión sino de fraternidad. Y esto cambia mi posicionamiento. Tener una mirada fraterna provoca una relación también fraterna.

6. HERMANOS TODOS

Para seguir aportando razones para esta fraternidad universal, hago referencia al discurso del Papa Francisco durante la ceremonia de Acogida de la JMJ en Lisboa (2023).

“Nosotros, su Iglesia, somos *la comunidad de los que son llamados...* Somos comunidad de hermanos y hermanas de Jesús, hijos e hijas del mismo Padre... En

la Iglesia... Hay espacio para todos... "Vayan y traigan a todos", jóvenes y viejos, sanos, enfermos, justos y pecadores. ¡Todos, todos, todos! ... Y esa es la Iglesia, la Madre de todos... Confíen, porque Dios es Padre y es Padre que nos quiere y Padre que nos ama”

Podemos considerar este discurso como la aplicación práctica y pastoral de la encíclica Fratelli tutti (2020).

En esta encíclica, el Papa Francisco propone una fraternidad universal frente a la cultura del descarte. El “todos, todos, todos” de Lisboa, junto a que Dios nos quiere y nos abraza como somos, sin “maquillajes”, concreta la respuesta de la Iglesia frente a ese descarte. El abrazo y el sentimiento de familia empieza por erradicar ese descarte en nuestras comunidades.

La idea de “amistad social” a la que el Papa dedica todo el capítulo VI de la Fratelli tutti encuentra una preciosa “pista de aterrizaje” en la realidad cuando dice el mismo Francisco en Lisboa: Jesús no cierra la puerta, sino que acoge. Y repito “la Iglesia es la Madre de todos”.

Podemos justificar cualquier otra eclesiología. Pero con el Evangelio en la mano y el Magisterio, difícil es negar esta fraternidad universal a la que no sólo nos invita el mensaje de salvación que anunciamos, sino que es consecuencia directa que se deriva del mismo.

Acoger a todos y como somos, supone aceptar a la persona. Esta aceptación sincera permite que el Amor de Dios, que ha dado la vida por ella, se concrete en la acogida y el amor real de los hermanos. Y esto hace que la persona se sienta realmente querida. Y, a partir de ese abrazo real, se crece y se camina.

Si Dios nos ama a todos y por todos da la vida, la Iglesia hemos de ser fiel reflejo de ese amor incondicional de Dios por el ser humano.

Eso no quiere decir que todo esté bien o que todo valga. Se trata de Amar y desde el Amor, acompañar y acercarnos al Dios de salvación.

Alumbra esto que quiero decir otra enseñanza que recibí cuando era capellán de Estremera y que me caló hasta los tuétanos. Fue la experiencia con las madres de los presos. Iban a verlos con una fidelidad inquebrantable y superando todas las dificultades para llegar a la prisión. No estaban orgullosas de lo que habían hecho sus hijos. Pero eran sus hijos y los querían. Esa fidelidad de amor incondicional ayudaba a sus hijos a llevar mejor la condena y a plantearse su vida. La “comuni3n dolorosa” de esas madres es todo un ejemplo que expresa de manera perfecta c3mo tiene que ser la maternidad de la Iglesia. Muchos se pueden poner por encima del bien y del mal. Y juzgar al que tienen enfrente incluso renegando de que haya podido ser su hermano. Pero quien se sitúa así no tiene desarrollada la “maternidad universal” y no ha descubierto c3mo es el Amor de Dios: fiel, que acoge y, para recuperarnos, se pone a caminar al lado del que ama, incluso en sentido contrario, como Jes3s con los que volvían a Ema3s. Es un amor transformador y sorprendente. ¡C3mo va a ser si no el Amor de Dios! Nosotros podemos tener resistencias humanas legítimas. Pero si nos dejamos abrazar por el Amor de Dios, la misericordia nos “vence”: disuelve las repugnancias legítimas que nos llevan al rechazo del hermano y nos descubre la profundidad impresionante del Amor de Dios.

El 15 de noviembre de este a3o se estrena la sexta temporada de “The Chosen”. En el primer capítulo de esa temporada se ve c3mo la fuerza de Dios actúa. No puedo contaros más por aquello de no hacer esp3iler, aunque en una película de Jes3s... ya sabemos el final y la reacci3n de los personajes... Pero siempre hay lugar para la sorpresa. Os invito a ver el capítulo y c3mo, ante una situaci3n de decepci3n extrema, vence (o no) esa comuni3n dolorosa que brota de hacer propia la mirada misericordiosa del Se3or... y las consecuencias que tiene.

7. LA IGLESIA COMO ESCUELA DE FRATERNIDAD

Todo esto que estamos hablando tiene una consecuencia pr3ctica en la Iglesia. Si hablamos de fraternidad, estamos llamados a vivir la fraternidad y a ense3ar a vivirla. Aqu3 la eclesiología tiene un papel muy importante en la fundamentaci3n de una Iglesia “Escuela de fraternidad”.

El Vaticano II nos marca las líneas para poder desarrollar esa Iglesia. La *Lumen Gentium*, concibe la Iglesia como Pueblo de Dios y Cuerpo de Cristo. Comunión y diversidad están servidas.

Para continuar la reflexión y poder construir la Iglesia que Dios nos pide, podemos releer a Yves Congar, figura especialmente inspirada del Concilio. Él redescubre el papel fundamental de los laicos y los entiende, no como miembros pasivos de la Iglesia, sino como miembros vivos de la misma. Dignidad bautismal, diálogo fraterno... son claves teológicas que pueden ayudar a que la Iglesia sea escuela práctica de fraternidad.

En esta línea de comunión tenemos el rico legado de Benedicto XVI. Su teología insiste en que la Iglesia nace de la mesa, de la fracción del pan. En su encíclica *Caritas in veritate*, desarrolló cómo la fraternidad no nace de un pacto humano, sino de sentirnos hijos en el Hijo. La Iglesia enseña fraternidad porque introduce en el mundo una lógica de gratuidad y comunión que el mercado, la política y otros credos, no la dan.

Desde la imagen que también da el Concilio de la Iglesia como Templo del Espíritu, y sabiendo que la acción y la lucha de la Iglesia se hace con las armas del Espíritu Santo, podemos retomar eclesiologías de consecuencias más incisivas en la transformación de estructuras de nuestro mundo.

El pensamiento de Moltmann en su libro “Teología de la Esperanza” puede ayudarnos a descubrir la Iglesia como escuela de fraternidad porque no se encierra en sí misma. La esperanza de la Resurrección se convierte en fuerza liberadora y crítica del presente que lleva a transformar la sociedad actual. Confronta las injusticias y deficiencias del mundo de hoy con la promesa de lo que supone el cielo. Eso lleva a un compromiso activo en lo social, lo político y lo ecológico con el fin de acercarnos todo lo posible a la fraternidad universal que esperamos en la segunda venida del Señor.

En esta línea de acción transformadora también está la teología de Gustavo Gutiérrez. Su eclesiología parte de la base de que no puede haber verdadera

fraternidad con Dios si no hay fraternidad con el prójimo, especialmente con el pobre. La Iglesia es entendida como un sacramento de liberación histórico. Enseña una fraternidad que no es abstracta o meramente espiritual, sino que se implica de manera activa en la transformación del mundo cambiando las estructuras injustas que dividen a la humanidad y ofreciendo el mensaje de Jesucristo como liberador y base de las estructuras de una nueva sociedad fraterna.

¿Qué Iglesia estamos soñando y construyendo realmente hoy?

Yo creo que la Eucaristía es la mejor escuela de fraternidad y su mejor expresión. Alrededor de la mesa nos sentamos a compartir, por igual, gente de todo tipo. Todos convocados por Cristo. Los hermanos nos unimos en la fracción del Pan, en el pan de la Palabra y en el pan de los hermanos. Y este pan está hecho de trigo pasado por el molino. Es un pan que se da por Amor. Y esa entrega, que implica partirse para poder repartirse, es el modelo que revoluciona y cambia las estructuras de nuestro mundo. En la Cena del Señor, fortalecemos nuestra fraternidad y somos enviados para ofrecer de forma efectiva a Jesucristo como pilar de una sociedad totalmente nueva.

La reflexión eclesiológica ha de ayudarnos a caminar en esta dirección.

8. FRATERNIDAD Y MISERICORDIA.

Vemos brevemente la relación entre fraternidad y misericordia: La fraternidad se construye por ese sabernos hijos amados de Dios. Y ese amor lleva de manera incondicional la necesidad de perdón y misericordia.

Tenemos buenas y sinceras intenciones. Pero, sin darnos cuenta, nos vemos repitiendo las palabras de San Pablo en Rom. 7, 15.19 “En efecto, no entiendo mi comportamiento, pues no hago lo que quiero, sino que hago lo que aborrezco; Pues no hago lo bueno que deseo, sino que obro lo malo que no deseo”

Sólo podemos construir fraternidad si partimos de la humildad no sólo de saber que todos necesitamos misericordia, sino de acogerla y experimentarla. Sólo así somos

capaces de regalarla sin juicios y con la gratuidad incluso de no entender muchas cosas. Pero, si no me entiendo a mí, y no entiendo mi comportamiento, ¿voy a cambiar la vara de medir con mi hermano? Mejor aprender de Dios y actuar desde sus criterios.

Humildad, corrección fraterna, diálogo sincero alumbrado por el Espíritu que nos saque del “yo”, conversión personal, capacidad de pedir perdón de corazón y amar profundamente al otro (recordad la comunión dolorosa de aquellas madres que aman profundamente a sus hijos presos)... son disposiciones del alma que nos permiten ser constructores de la verdadera fraternidad.

Revisemos el mundo a la luz de estos criterios. Revisemos también con honestidad nuestra vida y vamos a plantearnos cada uno hacia dónde camino, qué estoy construyendo (o destruyendo) y qué legado voy dejando a los que vienen detrás: herencia de vida o herencia envenenada de división.

Y el perdón es perdón y la misericordia es misericordia. No se trata de decir que no ha pasado nada. Precisamente porque ha pasado, sólo el perdón y la misericordia desbloquean, liberan el alma, lo pacifican, reconstruyen lo destruido y nos abren horizontes reales de “futuro con futuro”.

9. LA FRATERNIDAD COMO MISIÓN Y ESPERANZA.

Ya para terminar, insistir en lo esencial de la Fraternidad como clave teológica. Y soy consciente de las dificultades que tenemos para vivirla. Por esta razón, no podemos dejar que la fraternidad se quede en un concepto teórico. Hay que vivirla y concretarla en cada ambiente en el que nos movemos. La fraternidad no es una guinda en un pastel. Es un concepto teológico que baña la raíz de nuestro ser y se concreta en el vivir de cada día. La fraternidad se construye y se encarna en la realidad de la cultura de nuestro tiempo, de lo digital, de la inteligencia artificial y de cualquier particularidad que distinga nuestra época.

Por todo ello, considero que la fraternidad es una dinámica de salvación llamada a ser vivida como misión y como esperanza.

La fraternidad como misión supone todo un reto de objetivos, trabajo, opciones de vida y sobre todo, de conocimiento existencial y unión con Dios para que “nuestra vida sea Cristo” (Flp. 1, 21)

Y esa misión se constituye en una esperanza que se va haciendo presente según se trabaja. La plenitud de la fraternidad la tendremos en el cielo. Pero ya la estamos haciendo presente en nuestro hoy. Podríamos decir que vamos construyendo el cielo en la tierra. Lo que esperamos ya lo disfrutamos. La misma misión, el trabajo conjunto de los hermanos, crea ya fraternidad. Y esa fraternidad es evangelizadora y supone una llamada a toda la humanidad para que se incorpore a este proyecto apasionante. La teoría se hace vida y esa vida atrae, entusiasma y une corazones.

Y esta tarea propongo para nuestro Instituto: hacer una teología que dé fundamentos sólidos a una forma de actuar y de vivir; que dé razones para alentar la misión de construir esa Fraternidad de los hijos de Dios; que elabore teorías con vocación de encarnación que permitan palpar la salvación que anunciamos en nuestra forma de ser Iglesia.

La Fraternidad se convierte así también, en una tarea académica. Nuestra investigación, el diálogo teológico y toda nuestra reflexión, no apuntan a una nube desencarnada, sino que miran al cuerpo y alma que es el ser humano, y le ofrecen herramientas iluminadoras sobre las que construir y, desde las que orientarse en su peregrinar a la Casa del Padre.

Tenemos entre manos una tarea fundamental: ayudarnos a descubrir que somos hermanos y aprender a serlo en un mundo que se ha despistado mucho en este tema.

Y eso lo hacemos con nuestras teologías, pero a éstas, las vamos dando credibilidad con el ambiente fraterno que vivamos en el Instituto y en nuestra vida. Si no tratamos de vivir lo que predicamos, nos podemos quedar en músicas celestiales que pierden totalmente su melodía ante el “desafine” que tenemos en nuestra realidad.

Nuestro objetivo es acercarnos al misterio de Dios y darlo a conocer, pero sobre todo, nuestra tarea es vivir a Dios Trinitario. Y eso se traduce en vivir y construir Fraternidad en nuestro mundo del siglo XXI.

Muchas gracias.

+Angel Román Idígoras, Obispo de Albacete.